

DISCURSO DE CONTESTACIÓN AL ILMO. SR. DR. D. MIGUEL FERNANDO GÓMEZ VOZMEDIANO

RAMÓN SÁNCHEZ GONZÁLEZ

Numerario

Una vez más la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo cumple, mediante este acto de recepción a través del discurso de ingreso, con el rito de acoger entre sus miembros a un nuevo académico numerario: Miguel Fernando Gómez Vozmediano. En esta ocasión se da una circunstancia idéntica a la sucedida en el último ingreso y es que viene a sustituir a un académico que afortunadamente vive, cuya vacante se ha producido por circunstancias de tipo personal y no como suele ser más habitual, por fallecimiento. Me estoy refiriendo a don Rafael Sancho de San Román, hombre sabio y sobre todo hombre bueno, generoso y responsable. Precisamente el sentido de la responsabilidad determinó su decisión de solicitar la baja al no poder, por motivos de salud, asistir a las juntas y cumplir con las obligaciones exigidas a sus integrantes. El doctor Sancho deja tras de sí una estela brillante de dedicación a la docta corporación, como numerario y como Director durante 1979-1984; goza del reconocimiento de cuantos le hemos tratado y se ha convertido en un ejemplo a imitar. Por eso a nadie le pudo extrañar su elección, en el otoño de 2013, como Académico Honorario Supernumerario.

El nuevo académico tendrá la Medalla número III siendo su cuarto poseedor, tras haber estado en manos de Juan García-Criado, uno de

los fundadores, Julio Pascual y Rafael Sancho. No sé si será premonitorio pero salvo el primero, que formó parte de la institución solo un par de años, los otros fueron directores, así que Miguel no sabemos si esta medalla tiene algún influjo especial sobre quienes la ostentan que termina conduciéndoles a la Dirección, pero por si acaso, te animo a que desde el primer día te entregues a la causa como si fueras su máximo responsable.

Con el ingreso del flamante numerario, la Real Academia incorpora a una personalidad con dos perfiles profesionales muy definidos: archivero en el Archivo Histórico de la Nobleza, ubicado, como todos saben, en el Hospital de Tavera, y profesor de Historia Moderna en la Universidad Carlos III de Madrid. De su capacidad, de su dedicación, de su fácil trato, nadie mejor para valorarlo que quienes acudimos al archivo a indagar entre papeles antiguos o los alumnos que año tras año reciben sus enseñanzas. Pero en ambas facetas, archivero e historiador, las investigaciones que ha llevado a cabo son el mejor aval –el más objetivo– de sus méritos. La conjunción de ambas dedicaciones, que podríamos sintetizar en la definición de historiador con alma de archivero, unido a una infatigable pasión por desentrañar el pasado, explican sin duda alguna, la proliferación de estudios de los que es autor, centrados prioritariamente en la Edad Moderna, pues no en vano es doctor por la Universidad Complutense en esa especialidad. No es cuestión, ni momento adecuado, para relatar su dilatado *currículum vitae* que le ha llevado a ser elegido académico, pero sí quiero, aunque de forma muy somera indicar sus líneas de investigación prioritarias: órdenes militares, en especial la de Calatrava, minorías sociales –mudéjares, moriscos, gitanos–, mentalidades, estamento nobiliario, archivística...

Otra faceta digna de reseñar del recipiendario es la de comisario de exposiciones organizadas por el ministerio de Cultura o la Junta de Comunidades de Castilla La Mancha, unas veces de forma individual y otras junto a profesionales. Cabe mencionar las denominadas *Atrapados en blanco y negro. Un siglo de fotografía en los archivos nobiliarios españoles (1845-1945)*; *Tesoros Ocultos*; *Estampas y grabados*; *Encuadernaciones artísticas* todas ellas del Archivo de la Nobleza.

Su actividad intelectual y profesional ha trascendido del ámbito local y nacional y es oportuno recoger de su currículo la proyección

internacional no solo con la asistencia a congresos en Palermo o Lisboa, colaborador en proyectos de investigación junto a profesores de Estados Unidos, Francia, Chile, Italia y Rumanía, profesor invitado en la Universidad de Messina (Sicilia) sino también como integrante durante los años 1996-2001 de la Fundación hispanosueca Berndt Wistedt, desde la que organizó y participó en diferentes eventos académicos celebrados en Suecia y España. Recientemente ha sido designado miembro del comité de expertos del nuevo itinerario cultural europeo «Rutas de Carlos V» (auspiciado por el Consejo de Europa), con el que va a iniciar una exposición itinerante por el continente europeo, así como un proyecto sobre «realidad aumentada» para dar a conocer el patrimonio arquitectónico y documental relacionado con el emperador.

Aparte de lo expuesto, hay un rasgo del carácter del nuevo académico que no me resisto a subrayar y es su sentido del humor, las ocurrencias continuas de que hace gala, inocuas casi todas, y que hacen grata su compañía. Confiemos en que superada la etapa inicial de timidez en estas primeras sesiones se suelte y conozcamos su auténtica personalidad.

Para su discurso de ingreso ha elegido como argumento la cultura escrita, que se inscribe dentro de la corriente historiográfica denominada Historia Cultural, muy consolidada, en la que fue pionero el francés Roger Chartier¹ y que centra sus investigaciones de forma preferente en el mundo de los libros, en los lectores y lecturas. Se trata de una parcela de conocimiento apasionante de la que más de un académico nos hemos ocupado reiteradas veces, en ocasiones como con la tesis doctoral de

¹ CHARTIER, R. *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona, 1992 y *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona, 1994. Otras referencias bibliográficas clásicas sobre estados de la cuestión de la historia del libro son PETRUCCI, A. *Libros, editores y público en la Europa moderna*. Valencia, 1990; DARNTON, R. «Historia de la lectura», en BURKE, P. (ED.), *Formas de hacer historia*, Madrid, 1993, pp. 177-208; CHARTIER, R. (dir). *Histoires de la lecture. Un bilan des recherches*. París, 1995; BÖDEKER, H.E. *Histoires du livre. Nouvelles orientations*. París, 1995. Más reciente CAVALLLO, G y CHARTIER, R. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid, 2011.

Ramón González *Hombres y libros de Toledo: 1086-1300*² de una forma brillante.

A través de los inventarios *post mortem*, custodiados la mayoría de las ocasiones en los Archivos Históricos Provinciales, sección de Protocolos, y en los archivos familiares de los distintos linajes es posible acercarse, con mayor o menor precisión, a la república de las letras. Es cierto que las escrituras notariales son más parcas en información sobre libros y no nos transmiten los detalles que ansía quien investiga. A veces se limitan a anotar el número de libros que poseía el fallecido, otras solo indica título –de forma incompleta–, en ocasiones el autor –igualmente de forma incompleta–, más frecuente es la tasación realizada por un librero. No obstante, la perspicacia del investigador y la habilidad para exprimir al máximo la información contenida permite extraer aclaraciones complementarias que contribuyen a iluminar aspectos como las habitaciones donde están distribuidos los libros, los lugares donde se colocan –estantería, cajones, baúles– la tipología de las obras, los poseedores de libros, la literatura femenina, el estado de conservación... Todo ello tanto para el ámbito urbano, casi siempre objeto preferente de estudio, como para el rural, mucho más desconocido, sin duda alguna porque el nivel de alfabetización y de saber leer es mucho menor y la búsqueda de información mucho más laboriosa. Sirva de ejemplo el dato que en la comarca de la Sagra, de la consulta de 1.100 inventarios solo contenían información sobre libros una treintena³. Circunstancia como ésta echa para atrás a la hora de estudiar el mundo lector rural. Distinto es lo que sucede en los archivos nobiliarios donde los titulares gozan de un nivel de riqueza que les permite disponer de archiveros y bibliotecarios profesionales que elaboran cuidadosos inventarios repletos de detalles muy preciados. Las citas bibliográficas suelen ser completas –autor, título, lugar y año de edición– e incluso añaden el tamaño, si está encuadernado y cómo, el taller donde se ha impreso, la dirección, el idioma en que está escrito. Aquí contamos con otra fuente

² Madrid, 1977.

³ SÁNCHEZ GONZÁLEZ, R. «Cultura escrita en la Castilla rural. Los libros en la comarca de La Sagra (Toledo) durante el Setecientos». *Signo. Revista de Historia de la Cultura Escrita*, 7 (2000), pp. 77-101.

complementaria de gran riqueza informativa, como es la correspondencia, que nos desvela datos tan significativos como las donaciones, los préstamos de libros, la adquisición de obras o las solicitudes de mecenazgo, acompañadas casi siempre de unas formas retóricas y serviles un tanto sonrojantes. Una muestra es la de un clérigo a la condesa-duquesa de Benavente «Si la gratitud pudiera expresar con la pluma la viveza de su imagen, como está en el corazón, tendría el consuelo de poder manifestar en algún modo mi reconocimiento; pero esta es la condición de los grandes afectos, que son siempre mayores, que las expresiones, que los manifiestan»⁴.

Hay otro factor en la cultura escrita, al que alude en su discurso de ingreso, el beneficiario: la oralidad. Le lectura no siempre era privada e individual sino que con frecuencia era colectiva ya no solo en las lecturas de tipo religioso vinculadas a la liturgia o la oración, sino en lecturas que llamaríamos de entretenimiento. Hay que tener presente como han señalado otros autores⁵ que en la Edad Moderna la lectura oral fue una práctica muy extendida, tanto por el alto grado de personas que no sabían leer como por el simple deleite de escuchar leer. Sobre esta cuestión se ha debatido si los escritores componían sus obras en función de esa recepción oral o si, por el contrario, respondía a la formación retórica vigente hasta el siglo XIX. Recordemos, sobre la dicotomía lectura oral colectiva y lectura silenciosa privada la afirmación de Chartier de que la cultura impresa si estaba tan arraigada en la sociedad del Antiguo Régimen era, entre otros medios, a través de la lectura en voz alta, en el contexto de una «cultura aun fuertemente oral, gestual e iconográfica»⁶.

Si afirmaba hace un momento que el universo de los libros resulta apasionante, si lo contextualizamos en la ciudad de Toledo la pasión se convierte en vértigo y no lo digo por un chauvinismo trasnochado, sino porque la Ciudad Imperial a lo largo del tiempo, el pasado por su

⁴ AHNOB. Osuna, ct. 419.

⁵ SÁNCHEZ LORA, J. L. «Retórica, oralidad y lectura en la Edad Moderna». *Cuadernos de Historia Moderna. Anejo I* (2002), pp. 65-84.

⁶ CHARTIER, R. *El orden de los libros...*, op. cit, p. 37.

significación histórica como urbe y el presente por los extraordinarios archivos que custodian el legado de instituciones seculares, eclesiásticas y nobiliarias, es un vivero inagotable para adentrarse en el mundo de los libros, de las lecturas y de los lectores. Catedrales, conventos y monasterios ¡cuánta y cuánta luz arrojan! ¿Sabían que en el monasterio de Santo Domingo el Real escribieron un manuscrito, hoy en la Biblioteca Nacional (B.N. Manuscrito 2019), de uso interno titulado *Receptas experimentadas para diversas cosas* que recoge aspectos tan atractivos como recetas de cocina, repostería, confitería –algo que se inscribe dentro de una tradición que se prolonga hasta la actualidad en numerosos conventos españoles– y sobre todo, quizás más sorprendente, se anotan fórmulas de farmacia y de lo que hoy llamaríamos de belleza con capítulos que llevan títulos tan sugerentes como «Receta para hacer unos polvos para conservar la vista» o «lo que cabe en media cáscara de huevo»? ¿Sabían que en el siglo XIX después de la desamortización de Mendizábal en una visita realizada al monasterio jerónimo de La Sisla se encontraron 735 volúmenes de la biblioteca, correspondientes a diferentes autores y de diversos tamaños que estaban «en un hoyo de una cuadra... que contenía estiércol» por lo que muchos quedaron inservibles?⁷ Al tratarse de una fundación de 1374 es fácil suponer la cantidad de manuscritos y de libros, su calidad y la variedad temática, pues si bien es lógico suponer el predominio de obras sacras no debemos descartar, como apunta Miguel Gómez Vozmediano, en su intervención la existencia de monasterios y conventos que contenían documentación nobiliaria por el hecho de que muchos de sus máximos rectores o de sus integrantes eran de alta cuna.

Podría seguir formulándoles nuevos ¿«sabían»? pero no es necesario. Conocen todos de sobra la riqueza en patrimonio bibliográfico que ha correspondido a Toledo en su dilatada evolución histórica.

No olvidemos por otro lado, que la cultura escrita no es necesariamente, como sucedía antes, sinónimo de cultura propia de las

⁷ MATEOS GÓMEZ, I, LÓPEZ-YARTO ELIZALDE, A. y PRADOS GARCÍA, J.M. *El arte de la orden jerónima. Historia y mecenazgo*. Madrid, Universidad de Valladolid, 1999, p. 268.

elites, ya no es valido yuxtaponer de forma sistemática cultura erudita y cultura popular. La escritura ofrece muchos perfiles, desde los sublimes expresados en poesías de hondo sentimiento y gran belleza formal, hasta los más vulgares, sucios e injuriosos recogidos en los mencionados «libros verdes» o en los libelos anónimos donde se atenta contra algo tan fundamental en la Edad Moderna como era el honor, sobre todo en conexión con las mujeres. A título de muestra permítanme referirles las estrofas clavadas en la entrada de la casa de un vecino de Yébenes, en 1668 -también las colocaron en las puertas de los Ayuntamientos-. Igualmente «halló a la parte de dentro de su casa un papel con dos capaduras de macho o riñones de cabrito y en ellos atravesada una aguja de hacer media con una vuelta envuelto en un pliego de papel estraza»⁸. En la «poesía», en verso y extensa, que prefiero no reproducir para no ensuciarles los oídos, se llenaba de oprobio a la hija del dueño de la casa y a su prometido.

En fin no voy a extenderme más llevado por mi entusiasmo por la cultura escrita, pues solo se trata de una contestación al discurso de ingreso. Voy a concluir y quiero hacerlo dirigiéndome directamente al nuevo compañero. Efectivamente ingresar en la Real Academia es un honor, una de las grandes distinciones con que se puede reconocer el mérito de una persona. Lo decía con su maestría habitual nuestro querido y añorado Julio Porres Martín-Cleto, en unas palabras pronunciadas con ocasión del homenaje que se le tributó al cumplir las bodas de plata como académico numerario, en 1989:

«¿Qué tienen, pues, las Academias? Pues son sin duda un marchamo de calidad; queramos o no, son una especie de aristocracia intelectual, no heredada sino ganada a pulso, mezcla de medalla al mérito y de garantía de solvencia. Las Academias tienen prestigio, aunque eso disguste a quienes no han conseguido todavía colgarse una medalla. Es cierto que a veces parecen una tertulia; pero las tertulias son excelentes sitios de intercambio de ideas, y de ellas nacieron las Academias, la nuestra y todas las demás»⁹.

⁸ SÁNCHEZ GONZÁLEZ, R. *Sexo y violencia en los Montes de Toledo. (Mujeres y justicia durante la Edad Moderna)*. Toledo, 2006, p. 92.

⁹ *Toletvm*, 23 (1989), p. 223.

Pues bien Miguel, te animo a que contribuyas con tu esfuerzo, con esa capacidad de trabajo contrastada que has demostrado tantas veces y que te ha llevado a conseguir éxitos notorios para que, en compañía de todos los académicos –honorarios, numerarios y correspondientes– que formamos la Corporación ésta gane en prestigio, aumente su credibilidad y siga demostrando día a día, a pesar de las dificultades, su compromiso con la historia y el arte de Toledo.

No puedo olvidar dar la enhorabuena a Carmen, su compañera del alma, y a sus hijas María e Isabel que, a pesar de su tierna edad, han sabido sobrellevar con tanta paciencia esta larga sesión que por fin se acerca a su final.

Enhorabuena Miguel, bienvenido a la institución y a trabajar por la Real Academia y con la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.